

Lleno de admiración y de gratitud
por tu presencia continua entre nosotros,
en nombre de todos los sacerdotes, también yo
quiero exclamar: “¿quién soy yo para que me
visite la Madre de mi Señor? (Lc 1,43)

Madre nuestra desde siempre, no te canses
de “visitarnos”, consolarnos, sostenernos.
Ven en nuestra ayuda y libranos
de todos los peligros que nos acechan.

Con este acto de ofrecimiento
y consagración, queremos acogerte
de un modo más profundo y radical,
para siempre y totalmente,
en nuestra existencia humana y sacerdotal.

Que tu presencia haga reverdecer
el desierto de nuestras soledades
y brillar el sol en nuestras tinieblas,
haga que torne la calma después de la tempestad,
para que todo hombre vea la salvación del Señor,
que tiene el nombre y el rostro de Jesús, reflejado
en nuestros corazones, unidos para siempre al tuyo.

Así sea.

Benedictus PP XVI

Fátima, 12 de mayo de 2010



ACTO DE OFRECIMIENTO Y CONSAGRACIÓN
DE LOS SACERDOTES AL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA

Año Sacerdotal 2009 - 2010

Madre Inmaculada, en este lugar de gracia,
convocados por el amor de tu Hijo Jesús,
Sumo y Eterno Sacerdote,
nosotros, hijos en el Hijo y sacerdotes suyos,
nos consagramos a tu Corazón materno,
para cumplir fielmente la voluntad del Padre.

Somos conscientes de que, sin Jesús,
no podemos hacer nada (cfr. *Jn 15,5*)
y de que, sólo por Él, con Él y en Él,
seremos instrumentos de salvación para el mundo.

Esposa del Espíritu Santo,
alcánzanos el don inestimable
de la transformación en Cristo.
Por la misma potencia del Espíritu que,
extendiendo su sombra sobre Ti,
te hizo Madre del Salvador, ayúdanos para que
Cristo, tu Hijo, nazca también en nosotros.
Y, de este modo, la Iglesia pueda ser renovada
por santos sacerdotes, transfigurados por la gracia
de Aquel que hace nuevas todas las cosas.

Madre de Misericordia, ha sido tu Hijo Jesús
quien nos ha llamado a ser como Él:
luz del mundo y sal de la tierra (cfr. *Mt 5,13-14*).

Ayúdanos, con tu poderosa intercesión,
a no desmerecer esta vocación sublime,
a no ceder a nuestros egoísmos, ni a las lisonjas
del mundo, ni a las tentaciones del Maligno.

Presérvanos con tu pureza,
custódianos con tu humildad
y rodéanos con tu amor maternal, que se refleja
en tantas almas consagradas a ti y que son
para nosotros auténticas madres espirituales.

Madre de la Iglesia, nosotros, sacerdotes,
queremos ser pastores que no se apacientan
a sí mismos, sino que se entregan a Dios
por los hermanos, encontrando la felicidad
en esto. Queremos cada día repetir
humildemente no sólo de palabra
sino con la vida, nuestro “aquí estoy”.

Guiados por ti, queremos ser Apóstoles
de la Divina Misericordia, llenos de gozo
por poder celebrar diariamente el Santo Sacrificio
del Altar y ofrecer a todos los que nos lo pidan
el sacramento de la Reconciliación.

Abogada y Mediadora de la gracia,
tú que estás unida a la única mediación
universal de Cristo, pide a Dios, para nosotros,
un corazón completamente renovado,
que ame a Dios con todas sus fuerzas
y sirva a la humanidad como tú lo hiciste.

Repite al Señor esa eficaz palabra tuya:
“no les queda vino” (*Jn 2,3*), para que
el Padre y el Hijo derramen sobre nosotros,
como una nueva efusión, el Espíritu Santo.